

La figura de los investigadores de las lenguas indígenas americanas entre los siglos XVII y XX: por dentro y por fuera de las ciencias del lenguaje

Abril García Bralo

Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba
abril.garcia.bralo@mi.unc.edu.ar

Constanza Romero

Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba
4constanzaromero4@gmail.com

Resumen

Desde la llegada de los conquistadores al continente, las lenguas indígenas americanas fueron consideradas como objeto de estudio por distintas disciplinas y fueron pensadas desde diferentes corrientes ideológicas. Los estudiosos que llevaron a cabo dichas investigaciones pertenecían a las más diversas ciencias y escuelas de pensamiento, y sus roles en sus respectivos campos y su impacto en la sociedad fueron evolucionando con el paso de los años. Además, el lugar ocupado por las lenguas estudiadas dentro de esos campos también mutó y cambió debido a razones ideológico-políticas.

En esta presentación, analizaremos quién es el investigador de las lenguas indígenas americanas y reflexionaremos sobre el proceso de profesionalización que atravesó entre el siglo XVII y la primera mitad del XX. Además, evaluaremos las consecuencias de este proceso en el estudio de estas lenguas y su configuración como objeto de estudio válido. Así, realizaremos un recorrido histórico a través de diversas fuentes, centrándonos en las figuras de los autores, dentro y fuera de las academias de prestigio: entre ellos incluiremos a González Holguín (1607), de Valdivia (1606), de Solano (1991), Fidel López (1871), Markham (1883), Lehman-Nitsche (1913), Imbelloni (1926), Palavecino (1926), Costa Álvarez (1928), Harrington (1933) y Escalada (1949).

Palabras clave:

lenguas indígenas, investigador, lingüística misionera, americanismo

Introducción

Desde la llegada de los conquistadores españoles a América y su posterior colonización, las lenguas indígenas han sido estudiadas siguiendo diferentes enfoques teóricos e ideológicos. Los actores que llevaron a cabo estas investigaciones, con diversos objetivos, presupuestos y diferentes trayectos académicos, construyeron a las lenguas indígenas como objeto de sus estudios desde distintas perspectivas. Con el paso del tiempo y a partir del proceso de profesionalización de los estudios lingüísticos, el rol de estos actores, la configuración de las lenguas indígenas-americanas y el impacto de estas investigaciones en la sociedad se fueron transformando hasta llegar a su actual concepción.

Como sostiene Schlieben-Lange (2019 [1983]), para pensar la historia de la lingüística, es importante preguntarse quién está hablando sobre la lengua, con quién, cuándo, en qué medios y bajo qué condiciones lo hace. En el marco de este trabajo, proponemos agregar sobre qué lengua se está hablando y si esta es considerada como tal. Así, intentaremos aproximar una respuesta a la siguiente pregunta: ¿quiénes son los estudiosos de las lenguas indígenas americanas y cuál fue el camino que recorrieron para llegar a su actual profesionalización?

Es posible definir a estos estudiosos como figuras complejas, sin formación académica en lingüística, con un rol prominente en la sociedad no reducido estrictamente a la actuación científica y en cuyos objetivos podemos, a veces, dar cuenta de relaciones determinadas económica y políticamente. La evolución del paradigma científico y de los estudios lingüísticos repercutió en las exigencias y características de los investigadores, así como también tuvo un gran impacto en su profesionalización y especialización.

Para ilustrar este proceso y sus consecuencias político-ideológicas en América del Sur –y específicamente en el actual territorio argentino–, tomaremos, para cada etapa, dos escritos de distintos agentes, partiendo desde el siglo XVII con el análisis de producciones realizadas por los misioneros, para posteriormente abordar los estudios americanistas del siglo XIX y finalizar con las investigaciones lingüísticas de la primera mitad del siglo XX. En un trabajo de gabinete y siguiendo la propuesta de Swiggers (2018) de un “enfoque textual”, realizaremos un recorrido histórico a través de diversas fuentes, centrándonos en las figuras de autores, dentro y fuera de las

academias de prestigio: entre ellos, incluiremos a Luis de Valdivia (1606), Diego González Holguín (1607), Vicente Fidel López y Clemente Markham (1883), Robert Lehman-Nitsche (1913), José Imbelloni y Enrique Palavecino (1926), Arturo Costa Álvarez (1928), Tomás Harrington (1933) y Federico Escalada (1949).

Para los fines de este trabajo, es necesaria una articulación entre lingüística e ideología que transparente las operaciones realizadas por los actores, dentro (y fuera) de las instituciones académicas en las que se inscriben. Irvine (1989) define la “ideología de la lengua” como el “...sistema cultural de ideas, cargadas de intereses políticos y morales, acerca de relaciones sociales y lingüísticas” (Swiggers, 2018, p. 75). Y según Swiggers, podemos caracterizarla a partir de cinco rasgos:

1. Se trata de un fenómeno de representación/percepción afectiva y subjetiva, que existe a nivel colectivo, aunque no siempre está compartido completamente dentro de una comunidad
2. La ideología se acompaña de un intento de racionalización, aunque no se puede justificar de manera meramente lógica; por eso, las ideologías siempre usan estrategias retóricas
3. La ideología lingüística supone una distinción entre lenguas (o variedades/registros) y entre grupos, y supone un contexto cultural y/o político de diferenciación
4. La ideología lingüística siempre tiene que ver con relaciones de fuerza: se trata de poder y/o prestigio
5. La ideología lingüística implica, en cierta medida, una manipulación (de datos, de ideas, de personas), y se acompaña de procesos de promoción, de represión, o de marginalización (2018, pp. 75-76).

Las producciones académicas de los autores en torno a las lenguas indígenas participan implícita o explícitamente de distintas estrategias de formulación, delimitación y diferenciación. Dichas operaciones son a su vez rastreables en los textos y dependen de factores condicionantes de los mismos intelectuales. Estos datos nos permitirán (re)construir la figura de los investigadores, su concepción de las lenguas americanas y la ideología que se pone en juego en sus producciones.

Por último, creemos que, a la hora de abordar la configuración ideológico-política de los actores, es importante llevar a cabo

un análisis de los sujetos productores de estos discursos metalingüísticos, un examen de su posición en el campo cultural y político en que operan y una exploración de las condiciones materiales que posibilitan o impiden la circulación de discursos y su relación con el panorama institucional del momento. (Del Valle, 2015, p. 20)

El siglo XVII: las producciones de los misioneros en América del Sur

Desde la llegada de los conquistadores al continente, la necesidad de comunicarse con los locales fue imperiosa: el pedido de direcciones, víveres y posteriormente riquezas fue uno de los primeros objetivos detrás de la colonización, al que pronto se sumó el interés por la evangelización de los pueblos indígenas.

Si bien, como indican Ridruejo (2007) y Pulcinelli (1993), también hubo viajeros y soldados estudiosos de las lenguas amerindias, fueron especialmente los misioneros venidos a América quienes realizaron las primeras labores gramaticales en el territorio. Sin embargo, la formación de los mismos en teorías del lenguaje no era muy extensa: se basaba, principalmente, en su conocimiento de las lenguas griega y latina. Como indica Oesterreicher (2019), el saber académico especializado de estos sacerdotes, que se construía de maneras diferentes en los distintos países europeos, se combinaba con otras disciplinas, como la teología y el derecho.

Los primeros estudiosos se basaron en el modelo de las gramáticas latinas para describir las lenguas indígenas americanas, en matrices que no estaban elaboradas específicamente para ellas y cuyo uso respondía a las necesidades del momento: rápida evangelización y practicidad didáctica, puesto que las lenguas locales se enseñaban principalmente a los frailes que venían a difundir la doctrina cristiana y que, en muchos casos, ya estaban familiarizados con el latín. Según Pulcinelli (1993), este método permitió a los misioneros “perfeccionar” y “domesticar” la lengua indígena siguiendo el ideal europeo. Así, es de capital importancia recordar que sus fines no eran originalmente “científicos”, sino puramente prácticos y que respondían a un trasfondo colonizador.

De esta forma, las descripciones y gramaticalizaciones de las lenguas habladas en América del Sur se inscriben en un contexto histórico donde las producciones misioneras formaban parte de las políticas lingüísticas que la Corona española implementó con el fin de asegurar su poder en los territorios conquistados. El campo de circulación de los discursos estaba reglado política y religiosamente, y tanto los productores como los interlocutores de los estudios formaban parte de operaciones y estrategias glotopolíticas.

Algunas veces, las gramáticas elaboradas eran luego tenidas en cuenta por otros misioneros que querían iniciar sus propios estudios sobre las lenguas locales, permitiendo así ampliar el conocimiento sobre las mismas y convenir nociones comunes o terminologías específicas. Como podemos observar en *El Arte de la lengua de Chile* (1887) escrito por Luis de Valdivia, la enseñanza de la “lengua de Chile” se dirigía a otros misioneros para que la aprendieran y la completaran (“...y sobre este fundamento podrán después otros sacar a la luz la propiedad y las frases della, y enmendar las faltas que en este Arte se hallasen” [p. 22]). Aun así, no se trataba de un ámbito académico institucionalizado y reconocido por quienes realizaban las investigaciones.

Entonces, eran sacerdotes quienes describían estas lenguas, en un principio desconocidas, para otros sacerdotes, que necesitaban aprenderlas rápidamente con el fin de llevar a cabo su labor religiosa. En este sentido, en el escrito de Valdivia, podemos identificar marcas textuales que indican el fin de su redacción en la sección “AL LECTOR”: “en hazer vn Arte o gramatica, y vn Bocabulario y vn Confesionario en la lengua dellos, por donde pudiessen los ministros del Euangelio aprenderla...” (p. 17); “Uatro cosas tiene esta lengua de Chile que la facilitan mucho y dan animo para aprendella” (p. 21) “y esta tan abundante de tiempos, que excede a la Latina, la qual abundancia facilita mucho el aprender una lengua” (ídem). Aquí, nos parece interesante resaltar las consecuencias ideológicas de esta descripción, ya que Valdivia configura a la lengua de Chile en relación a la latina tomando un rasgo valorado positivamente y mencionándolo en las primeras páginas de su Arte.

Las gramáticas indígenas americanas se ordenaban siguiendo, por lo general, la estructura de las latinas o de las lenguas vulgares europeas:

Se separa un tratado dedicado a los sonidos, otros a las distintas clases de palabras y se incluyen ...capítulos dedicados a la sintaxis y a las figuras... No es nada raro, además, que los autores consideren de manera acrítica un inventario uniforme y universal de las partes de la oración. (Ridruejo, 2007, p. 450).

Muchas veces se enfrentaron a dificultades, debido a que el modelo gramatical grecolatino no se adaptaba a las características de las lenguas americanas, ya que estas poseían escasos morfemas flexivos y presentaban categorías gramaticales inexistentes en aquellas. En Valdivia, por ejemplo, se ve la necesidad de presentar una innovación: encontramos la introducción de grafías novedosas para diferenciar rasgos fonéticos del *mapuzungun* que no existían en el español. El alfabeto latino de la lengua española no le proporcionaba las representaciones necesarias para plasmar una lengua ágrafa.

Así, debido a que estas lenguas no eran las maternas de los misioneros, y que los mismos tampoco pertenecían a estas culturas, “no se [integraron] a la vida local para investigar; al contrario, [fueron] obligados a «investigar», a producir conocimientos, para intervenir en la vida local” (Pulcinelli, 1993, p. 61). Por esta razón, gran parte del proceso de gramatización se realizó a partir de una actividad comentarista, traductora o de “equivalencia”, ya fuera con el latín o con el español. De esta manera, señalan que, donde las lenguas americanas usan una forma, el español usa otra, lo que, para Pulcinelli (1993), puede ser una muestra del desconocimiento de la lengua indígena o un intento de reafirmar la variedad de la lengua europea frente a la rigidez de la local: por ejemplo, la comparación de sonidos en latín o español con los sonidos de la lengua de Chile está presente en el apartado “DE LA PRONUNCIACIÓN Y ORTOGRAFÍA” de Valdivia.

El período histórico que proponemos en nuestro recorte para estudiar las producciones lingüísticas misioneras, y en el que se inscribe la publicación de los archivos consultados, es la primera década del siglo XVII. El contacto de los autores abordados en este trabajo con las lenguas americanas está mediado por un siglo de experiencias y referencias, de modo que a la hora de estudiarlas y describirlas adoptan una postura más flexible en relación a los modelos de las gramáticas

españolas y latinas utilizados en un primer momento, así como con respecto a la concepción de la lengua indígena como “menor”, “menos desarrollada” o “más rígida”, en oposición al español o al latín, que se configuran como más complejas, con más posibilidades de expresión y gran capacidad de abstracción.

Como ya señalamos, Valdivia considera el *mapuzungun* desde un punto de vista positivo: es una lengua “fácil” de aprender por su regularidad, de una complejidad equivalente a la latina. Realiza una descripción pormenorizada del *mapuzungun*, que incluye vocabularios, descripción gramatical y explicación exhaustiva de los sonidos ajenos al español.

González Holguín, por otra parte, también se dirige a sus compañeros sacerdotes de forma que puedan aprender la lengua *quechua* para su labor religiosa, pero a diferencia de otros misioneros, la describe diciendo “...que con grande abundancia, todo lo que en romance concebimos, se pueda hallar en la Lengua con copia de palabras y su propia elegancia...” (1607). El objetivo que se plantea en su *Gramática y arte nueva de la lengua general de todo el Perú, llamada lengua Quechua o lengua del Inca* es reivindicar esta lengua mediante la descripción de todos sus elementos de la manera más exhaustiva posible, incluyendo sus usos, para que los misioneros puedan expresarse con propiedad en sus intercambios con los locales, siendo conscientes de que la misma no es menor o menos compleja que el español o el latín.

Así, podemos observar que, si bien imperaba una ideología que consideraba a las distintas lenguas indígenas inferiores, que subestimaba su complejidad en relación a las lenguas europeas, y que persistió a lo largo de muchos siglos (como veremos en las siguientes secciones), ya en el siglo XVII existían figuras que intentaban reivindicar las lenguas locales, entendiéndolas como plenas, capaces de cumplir todas las funcionalidades de una lengua y no ajenas a las ideas abstractas.

El siglo XIX: consolidación de nuevas figuras y campos científicos

Para pensar el abordaje de las lenguas indígenas americanas durante el siglo XIX, es necesario un recorrido por campos de circulación del saber tales como cartas, revistas especializadas y congresos. Además, es importante tener en cuenta el impacto en los

estudios americanos de las investigaciones que se estaban desarrollando en el ámbito europeo.

En este siglo, las indagaciones científicas europeas tomaron un rumbo historicista, biologicista y evolucionista, por lo que muchas investigaciones involucraron cuestiones más allá de su área, relacionadas directamente con el discurso de la historia y la construcción del pasado. La preocupación por la estructura interna de las lenguas y su clasificación tipológica se inscribió en aquellas líneas de estudio y, así, aparecieron las figuras de Humboldt, Brinton, Du Ponceau y Müller. Como menciona Bixio, “esta corriente se concreta en la realización de investigaciones que finalmente definen las grandes familias lingüísticas de Europa. El afán taxonómico y comparatista se extiende a las lenguas americanas” (2001, p. 879). Sin embargo, los

momentos iniciales de la actividad americanista se caracterizaron por un tono de marcada hibridez disciplinaria —se entrecruzaban conocimientos históricos, antropológicos, arqueológicos y filológicos—, por las metodologías heterodoxas y por temáticas cuyos asuntos y tratamientos llegaban a ser improcedentes o anacrónicos vistos desde las recientes perspectivas positivistas ... La mayoría de los trabajos realizados no podía ocultar la falta de anclaje disciplinario específico... (Crespo, 2008, p. 290)

En el marco del interés orientalista que surge con el descubrimiento académico del sánscrito, se genera también un creciente interés por las culturas y lenguas indígenas americanas, lo que lleva a la conformación de un campo científico denominado “americanismo”. Si bien se consolida dentro del discurso científico a mediados de siglo, consideramos necesario referirnos a los aportes que Du Ponceau hace al americanismo en su *Report* (1819):

1. Las lenguas americanas en general son ricas en palabras y en formas gramaticales, y que en su complicada construcción, prevalecen gran orden, método y regularidad

2. Estas formas complicadas, las cuales llamó polisintéticas, parecen existir en todas esas lenguas, desde Groenlandia hasta Cabo de Hornos
3. Estas formas parecen diferir esencialmente de las de las lenguas antiguas y modernas del antiguo hemisferio (Du Ponceau citado en De Mauro, 2018, p. 76, nuestra traducción)

Así, Du Ponceau se interesó por dar un marco más científico al estudio de las lenguas indígenas y por rechazar los prejuicios que hasta entonces existían sobre ellas.

Aun así, el americanismo se inscribió en un debate en el que se discutía la pertenencia de los estudios del lenguaje a las ciencias naturales o al campo de las ciencias del espíritu, predominando la primera posición, como se ve reflejado en la inclusión de la lingüística en el área de las ciencias duras en diversas publicaciones académicas del Río de la Plata. En general, el americanismo impulsó la publicación de diversas investigaciones que no tenían un anclaje teórico exclusivamente lingüístico y que favorecieron debates en cuanto a la delimitación de las lenguas indígenas como objeto de estudio, las metodologías de estudio y las corrientes de abordaje.

La intencionalidad científica que marca las formas de escritura se manifiesta también en la conformación de una comunidad científica que se fue consolidando con la creación de asociaciones, la publicación en revistas especializadas y la realización de una reunión bianual, el Congreso Internacional de Americanistas. Así, se abandonó el objetivo pedagógico y evangelizador de la lingüística misionera para presentar trabajos cuyo objetivo era describir, analizar y ubicar las lenguas dentro de una genealogía que respondía a una agenda científica. Podemos observar esta intención en el trabajo de Lehmann-Nitsche “El grupo lingüístico Tschon de los territorios magallánicos” (1913), en el que realiza un análisis y comparación entre las lenguas que, según sus conclusiones, integran la familia lingüística Tschon, y entre fuentes de diversos estudiosos pertenecientes a distintas áreas.

La figura que da comienzo a lo que se entiende como “americanística moderna” en el siglo XIX es la del erudito coleccionista que, apasionado por el saber, los libros y los documentos asociados con América, construyó bibliotecas propias con

estos y escribió obras sobre la historia del continente y sus lenguas. Algunos de estos intelectuales, muchos europeos o con estudios realizados en Europa, aún no contaban con formación lingüística y procedían de distintas ramas, como la abogacía o la política. Por ejemplo, Lehmann-Nitsche se había doctorado en ciencias naturales, antropología y medicina. Es importante destacar que estos investigadores, tanto americanos como europeos, mantenían contacto entre sí, dando lugar al fenómeno de las “redes intelectuales”, a través de las cuales dialogaban de manera fluida, compartían prácticas y operaciones ideológicas y estaban al tanto de las últimas publicaciones en el campo. Por ejemplo, en la introducción de Lafone Quevedo al estudio de Richard Hunt “El vejez o Aiyó” (1913), menciona su participación en el XVIII Congreso Internacional de Americanistas y los diálogos establecidos a través de correspondencia con numerosos estudiosos como Pelleschi, Lucien Adam y Mitre.

Mediante la práctica coleccionista, estos intelectuales contribuyeron a escribir y configurar, en un contexto político y social de anexión de territorios y conformación del Estado argentino, la construcción de la nación y su historia. De este modo, “la apropiación de las variedades lingüísticas de pueblos considerados parte del pasado de la nación se integró al proceso de delimitación identitaria del Estado” (Malvestitti, 2015, p.: 40). Así, como indica Ennis (2018), los estudios lingüísticos se inscriben en un relato de lo nacional que tiene consecuencias en la representación de las lenguas y los pueblos que las hablan. El establecimiento y descripción de las familias lingüísticas (Tschon por Lehmann-Nitsche y Aiyó por Hunt) se remiten justamente al establecimiento de una cartografía de los nuevos territorios anexados de Chaco y Patagonia. Es destacable que, tanto en la “Introducción” de Lafone Quevedo como en el “Prólogo” de Hunt, se mencione a los hablantes de las lenguas o en tiempo pasado (“...las tribus Mataco-Mataguayas eran de las más numerosas que ocupaban el país cuando entraron los conquistadores; los primeros misioneros los evangelizaron...” ([Lafone Quevedo, 1913, p. 8]) o resaltando el hecho de que quedan muy pocos: “en otro tiempo esta tribu fue muy numerosa, pero en la actualidad se encuentran estos indios principalmente en el departamento de Orán y orilla boreal del río Bermejo” (Hunt, 1913, p. 35).

Un excelente ejemplo del estudioso del siglo XIX, erudito coleccionista con formación no lingüística, es Bartolomé Mitre, militar, político e historiador argentino.

En su ensayo *Ollantay, estudio del drama quechua* publicado en 1881 en la *Nueva Revista de Buenos Aires*, se cuestiona el origen de este drama y propone la imposibilidad de que haya sido creado por indígenas. Sus argumentos se basan principalmente en que los pueblos originarios no poseen una cultura desarrollada debido a la ausencia de la tecnología de la escritura. Para construir su concepto de estas lenguas (“básicas, sin capacidad de abstracción, sin escritura, y por ende, sin cultura” ([Mitre en De Mauro, 2018, p.79])), Mitre parte de su propia noción de “ideología lingüística” (o “idiomática” o “filológica”):

Lo que más interesa en una lengua, para darse cuenta de su estructura gramatical y del valor de su vocabulario, es encontrar por inducción, los fenómenos intelectuales y morales que pasan en la mente o en el alma de los que la hablaban, a fin de conocer cómo pensaban en ella, o sea cómo por medio del mecanismo de sus palabras simples o compuestas, expresaban sus pensamientos y sentimientos, y su asociación de ideas. (Mitre en De Mauro, 2018, p. 79). Así, para Mitre, este drama no podría haber existido: los indígenas no eran capaces de pensar en ese nivel de abstracción o de crear algo que expresara con palabras las emociones humanas.

Clements R. Markham, explorador, geógrafo y botánico inglés, escribe como respuesta a Mitre la *Poesía dramática de los Incas: Ollantay* (1883), en la que estudia la obra dramática e intenta justificar su origen precolombino y la capacidad de los indígenas de crear algo de esta envergadura. Reconocido en la nota del traductor Adolfo Olivares como un gran americanista, Markham combina trabajo de campo y de gabinete para realizar su investigación, utilizando comparaciones entre lenguas, testimonios orales de informantes descendientes de incas y un análisis de documentación literaria e histórica, recurriendo no sólo a lo publicado sino también a las bibliotecas personales de colegas.

En la nota de traducción, Olivares señala que consultó con un experto en la materia, Vicente Fidel López, abogado y político argentino. La carta de este, agregada al final de la obra, critica directamente a Mitre y su metodología de trabajo, argumentando que su estudio ha sido escaso y superficial, juzgando en particular el uso de una versión traducida del *Ollantay*, que además califica de excesivamente libre. Para su análisis, López se vale de gramáticas quechuas como la de González

Holguín para demostrar errores de morfosintaxis en la traducción, prestando atención a los rasgos gramaticales, sintácticos y léxicos.

Así, gracias al análisis de estos autores, podemos observar el proceso de consolidación del campo científico en el siglo XIX: los estudiosos empiezan a profesionalizarse y especializarse en campos ajenos a la lingüística y a utilizar metodologías que no se basan solamente en la experiencia personal sino que siguen una reglamentación académica: “los hemos arreglado, según su carácter, en grandes grupos, observando con este fin el orden indicado por la *Tabelle zur Aufnahme südamerikanischer Sprachen* que el Real Museo Etnológico de Berlín entrada...” (Lehmann-Nitsche, 1913, p. 238). Asimismo, es notable la importancia que adquieren las redes de intelectuales que surgen durante este siglo, permitiendo intercambiar ideas, así como la especial influencia de la prensa, que facilita el acceso a la información y las obras publicadas.

El siglo XX: la profesionalización de los intelectuales e institucionalización de los estudios

Durante el siglo XX, se llevaron a cabo en Argentina procesos de especificación y profesionalización que involucraron a los ámbitos ideológico, académico y político desde principios de siglo hasta 1950. Además, se profundizó la relación del binomio lengua-nación y existió una preocupación por la definición de la identidad nacional, de forma que el estudio de las lenguas indígenas se vio inscripto en un panorama de cuestionamiento sobre el lugar que estas ocupan en la nación.

En la primera mitad del siglo XX, y como consecuencia de la especialización e institucionalización científica, las lenguas indígenas fueron abordadas desde la ciencia y por especialistas en distintas disciplinas. Si bien los ámbitos de la filología y la lingüística también se institucionalizaron, no generaron ni propusieron condiciones discursivas o académicas reales en las que pudiera inscribirse el estudio de las lenguas indígenas. Así, debido a políticas institucionales, este quedó principalmente en manos de antropólogos y folklorólogos, quienes en sus investigaciones favorecieron la configuración de los hablantes y las lenguas indígenas como actores pertenecientes a la proto- historia del país. Dicho paradigma tuvo una

fuerte incidencia dentro del ámbito académico y sólo a partir de los años 30 se empezó a pensar a los pueblos indígenas como parte del folklore y sustrato nacional.

Como señalan Domínguez y Toscano y García (2017), en 1922, se creó el Instituto de Filología en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, consolidando la institucionalización académica del campo, por propuesta de Ricardo Rojas y Ricardo Ravignani. El primero es quien postula la que sería la estructura inicial de estudios, que incluía la investigación de las lenguas indígenas junto al área de lingüística romance y general y del castellano en América, colocándolas en un mismo nivel.

Aun así, la aparición del Instituto habilita “un campo científico para los estudios lingüísticos y [consigue] poner en ese campo tanto un actualizado dispositivo teórico-metodológico como un conjunto de nuevos protocolos de validación de la autoridad científica” (Toscano y García, 2013, p. 246). Sin embargo, el proceso de institucionalización de los estudios filológicos no implicó necesariamente la institucionalización de las lenguas indígenas como objetos de estudio ni la de los intelectuales que se dedicaban a ellas como agentes científicos de la lingüística.

Con la designación de Menéndez Pidal como director del Instituto, comienza a instalarse una metodología y tradición hispanista y diacrónica en los estudios del lenguaje. El programa inicial que había planteado Rojas es ignorado en función de una agenda científica planteada por el nuevo director. Aquí es importante mencionar a Lehmann-Nitsche, quien durante 1926 fue director interino del Instituto y marcó un corte en las direcciones hispanistas para intentar retomar el estudio de las lenguas indígenas. Además, articuló las investigaciones del Instituto con otras áreas como las de Literatura Argentina e Investigaciones geográficas, al fin de recabar mayor información sobre las lenguas. Sin embargo, los resultados de su gestión tuvieron lugar mayormente en el campo del archivo, es decir, no en un trabajo de campo sino de gabinete.

Las tensiones provocadas por la profesionalización de los investigadores y la institucionalización de la ciencia pueden observarse perfectamente en el conflicto Imbelloni-Costa Álvarez.

José Imbelloni, antropólogo italiano, publicó en 1926 *La esfinge indiana: antiguos y nuevos aspectos del problema de los orígenes americanos*, libro en el que se pregunta por el origen de los pueblos indígenas americanos. Su respuesta es que

proviene de la Polinesia, y la lingüística juega un papel importante en esta afirmación. Al final de la obra encontramos una *addenda* sobre el idioma *quechua*, que contiene el artículo “Elementos lingüísticos de Oceanía en el quechua” de Enrique Palavecino y “El idioma de los incas del Perú en el grupo lingüístico melanesio-polinesio”, del propio Imbelloni.

Palavecino, antropólogo, etnógrafo y arqueólogo argentino, recopiló una serie de vocablos del quechua y el maorí a partir de distintos diccionarios y glosarios, para demostrar a través de la comparación que el origen de la primera radica en las lenguas oceánicas. En “El idioma de los incas del Perú en el grupo lingüístico melanesio-polinesio”, Imbelloni realiza una compilación de textos teóricos, diccionarios, glosarios y cartografías, entre otros documentos, para apoyar la propuesta de Palavecino y, en particular, su metodología: “ya es tiempo de fundar la lingüística comparada de esas lenguas sobre una base científica. Desechamos por principio la indagación etimológica. Nuestros “hechos” son: 1° el glosario, 2° el fonema y 3° el morfema...” (Imbelloni, 1926, p. 354).

En 1928, Arturo Costa Álvarez, lingüista autodidacta, periodista, y traductor argentino, publica el artículo “La lingüística al uso del arqueólogo” en el diario *La prensa*. Allí, describe brevemente el trabajo del arqueólogo y cómo puede utilizar la lingüística para comprender las conexiones entre pueblos y culturas. Reseña *La esfinge indiana*, haciendo hincapié en la crítica de Imbelloni al americanismo y a su método, calificado por este como defectuoso. Costa Álvarez sostiene que es inevitable que haya problemas en la observación, así como en la interpretación errónea y el establecimiento de relaciones incorrectas, y que si realmente es tan grave como Imbelloni postula, entonces toda la obra americanista se ve invalidada, incluida la suya propia: esto se debe a que el arqueólogo tiende a realizar conjeturas y a intentar especializarse en distintos campos de conocimiento.

Así, Costa Álvarez postula que la obra de Imbelloni es de indiscutible autoridad arqueológica, pero no lingüística, tanto por errores conceptuales como por confusiones terminológicas: indica que no se puede correlacionar una comunidad de habla con una raza, y que hay que ser cuidadoso con el método de comparación de vocablos, que permite llegar a conclusiones disparatadas como que el quechua proviene del maorí. El método de comparación está basado en la continuidad de la

morfología, no del vocabulario o de la fonética, que son mucho más inestables. Además, las similitudes entre vocablos pueden ser meras coincidencias o influencias de una lengua sobre otra. Otro de los errores que postula es la analogía realizada por Palavecino sobre las concordancias léxicas entre *quechua* y las lenguas polinesias, sin tener en cuenta que las formas gráficas de ambas lenguas podrían o no ser analogías fónicas.

Por otro lado, también se fortalece en este siglo la figura del intelectual territorialiano: militares, médicos o maestros que están en los territorios y en contacto con los pueblos indígenas. En sus escritos, podemos observar otra consideración del indio: no lo ubican en la protohistoria ni dentro del relato folklórico sino que lo presentan como agente contemporáneo con conocimientos valiosos. No obstante, además de producir por fuera de los círculos académicos, estos intelectuales realizan publicaciones en revistas especializadas como la del Museo de Etnografía.

En esta revista es publicado el artículo “Observaciones sobre vocablos indios” (1933-1935) de Tomás Harrington, etnógrafo autodidacta quien no se inscribe en los círculos académicos, no sólo por su concepción de los indios sino por su producción escrita, alejada de los cánones discursivos científicos. Si bien menciona que no puede acceder a mucha bibliografía, remite a autoridades como Lehman-Nitsche, Falkner y Félix José de Augusta, y lleva a cabo un trabajo de campo exhaustivo, recopilando información de numerosos informantes.

Al explicitar la consulta a indígenas sobre el significado o traducción de los vocablos, los ubican en una temporalidad presente con respecto al momento de escritura. De esta forma, Harrington no sólo valida la palabra de los indios en la construcción del conocimiento de su propia lengua, sino que también contrapone la realidad de su existencia ante los discursos históricos y folklóricos que la negaban en el ámbito académico.

En “El complejo tehuelche” (1949) de Federico de Escalada, médico argentino, podemos encontrar una configuración de los pueblos originarios que en un principio parece ambigua pero que finalmente se acerca a la de Harrington y explicita la importancia del trabajo de campo que realizaban los intelectuales territorialianos. A lo largo del “Prólogo”, se configuran a los indígenas dentro de un pasado natural, a punto de extinguirse: “detiene su atención en el aspecto etnográfico..., pues se

encontraban allí las últimas reducciones de indios. Estos viejos pobladores...” (p. 8) y también podemos ver cómo actúa el discurso del folklore: “recuerdos, preñados de leyendas y tradiciones” (ídem). En esta sección, apreciamos cómo se articulan las consideraciones académicas en las instituciones de Buenos Aires, mencionando escuetamente que Escalada tuvo real contacto con los indios y sus lenguas.

Por otro lado, las palabras del “Prólogo” son puestas en tensión en el desarrollo teórico de Escalada, quien plantea, en el Capítulo I, la necesidad de alejarse del estudio de gabinete. La preferencia por el trabajo de campo demuestra que Escalada considera a los indios como fuentes valiosas y, si bien mermadas “para recoger una buena cantidad de datos definitivamente arrastrados a la tumba por sus depositarios”, actuales en cierta forma. En el mismo capítulo, denuncia la poca profesionalidad de los estudios, numerosas contradicciones y desacuerdos entre investigadores, así como diversos errores metodológicos y de delimitación que se vienen realizando en el campo y que llevan a una situación actual de desconocimiento en relación a lenguas vivas habladas por millones de habitantes de la Patagonia.

Tanto Harrington como Escalada buscan remendar errores sistemáticos en las consideraciones hacia las lenguas indígenas: Harrington dedica su trabajo a la aclaración de términos indígenas y Escalada comienza sus estudios por interés personal para finalmente reconstruir el vacío presente en los estudios etnográficos. El trabajo de ambos está pensado en relación a interlocutores del circuito académico institucionalizado cuyo foco está puesto en estudios de gabinete.

Para finalizar, podemos observar la importancia concedida por todos los autores al uso de fuentes científicas de reputación, y el interés por controlar el discurso de lo que constituye la “cientificidad” y la legitimidad, no sólo de la metodología utilizada para los estudios, sino también de las voces que lo enuncian.

Conclusiones

El análisis de los autores seleccionados nos permite aproximar una sistematización de roles en torno a la figura del estudioso de las lenguas indígenas americanas.

En primer lugar, y desde un abordaje histórico, proponemos la figura de los misioneros, agentes que tienen la necesidad de describir la lengua para poder cumplir con su labor religiosa, que cuentan con los conocimientos y metodologías lingüísticas

proporcionadas por las gramáticas griega y latina, y cuya pretensión de objetividad no encubre valoraciones ideológicas en cuanto a las lenguas indígenas ya que responden a una política que respalda la dominación colonial. Históricamente, las lenguas indígenas fueron consideradas inferiores a las europeas por los misioneros (y, por lo tanto, por la sociedad colonial), al punto de negarles la condición de lenguas. Sin embargo, existían posturas disidentes como las abordadas en este trabajo.

A partir del siglo XIX, las aproximaciones a las lenguas indígenas se desarrollaron desde un paradigma científicista en cuanto a las metodologías de estudio y a la socialización del conocimiento, a través de la publicación en revistas especializadas. Los autores empezaron a especializarse en distintas disciplinas que no siempre implicaban a las ciencias del lenguaje, comenzaron a nuclearse en centros educativos de prestigio y a construir redes intelectuales entre colegas. Siguiendo el modelo de estudio de la época, se realizaron estudios de las lenguas indígenas con el fin de agruparlas en familias lingüísticas y establecer relaciones genéticas entre ellas y con las lenguas indoeuropeas. Esta dinámica se inscribió en un contexto de formulación de la nación argentina: en este marco, si bien se continuaron algunas concepciones existentes desde el período colonial (lenguas inferiores, incapaces de pensamientos abstractos y sin complejidad), los investigadores relativizaron y pusieron en tensión los presupuestos que condicionaban y configuraban a las lenguas indígenas y sus hablantes como bárbaros.

Finalmente, en el siglo XX, la figura del investigador de las lenguas indígenas se profesionalizó y su saber se institucionalizó en diversas ciencias. Sin embargo, los estudios filológicos y lingüísticos dejaron de lado este objeto de estudio, quedando relegado a la antropología y etnología. La formación de grado existente era hispanista y las lenguas indígenas no entraban en el ámbito académico de la lingüística. Los debates se centraban en los aspectos metodológicos y conceptuales del objeto de estudio, y las lenguas en sí mismas quedaron, en un principio, relegadas al pasado como parte de la historia natural de la Nación, para ser lentamente reivindicadas en su vitalidad más entrado el siglo.

Referencias

Bixio, B. (2001). “Lenguas indígenas del centro y norte de la República Argentina (siglos XVI - XVIII)”. En Historia Argentina Prehispánica, tomo II. Editorial Brujas.

Costa Álvarez, A. (1928). “La lingüística al uso del arqueólogo”. En La Prensa, martes 2 de octubre de 1928.

Crespo, H. (2008). “El erudito coleccionista y los orígenes del americanismo”. En Historia de los intelectuales en América Latina, vol. 1. Katz Editores.

De Mauro, S. (2018). “El Catálogo Razonado de Bartolomé Mitre y la lingüística indígena americana a fines del siglo XIX en Argentina”. En Rasal, vol. n° 1.

De Mauro, S. (2020). “La imposibilidad moral de la existencia del drama: notas sobre la controversia del Ollantay”. En Anclajes, vol. XXIV, n.º 1.

Del Valle, J. (2015). “Lenguaje, política e historia: ensayo introductorio”. En Historia política del español. Aluvión Editorial.

Domínguez, L. y Guillermo Toscano y García (2017). “La gestión de Lehmann-Nitsche en el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires (1926)”. En Revista Argentina de Historiografía Lingüística IX: n° 2.

Domínguez, L. (2019). “El problema de las lenguas «prehistóricas». Un debate sobre el estudio de las lenguas indígenas a comienzos del siglo XX”. En Olivar, 19 (9).

Domínguez, L. (2019). “Huellas y sustratos. El problema de las lenguas indígenas en el relato histórico argentino entre 1930 y 1950”. En Revista Del Museo De Antropología, 12 (3),.

Ennis, J. A. (2018). “Las novedosas ciencias del lenguaje y la política de sus usos: Vicente Fidel López en la Revista de Buenos Aires (1863-1869)”. En Boletín de la Sociedad Española de Historiografía Lingüística, 12.

Escalada, F. (1949). “El complejo tehuelche”. En Estudios de etnografía patagónica. Imprenta y casa editora Coni.

González Holguín, D. (1607). Gramática y arte nueva de la lengua general de todo el Perú, llamada lengua Quechua o lengua del Inca. Ciudad de los Reyes del Perú.

Harrington, T. (1933-1935). “Observaciones sobre vocablos indios”. En Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico A: III.

Hunt, Richard (1913). “El vejoz ó Aiyo con una introducción por S. Lafone Quevedo”. En Revista del Museo de La Plata, tomo XXII. Imprenta de Coni Hnos.

Imbelloni, J. y Palavecino, E. (1926). “Elementos lingüísticos de Oceanía en el Quechua”. “El idioma de los incas del Perú en el grupo lingüístico melanesio-polinesio”. En La Esfinge Indiana. Antiguos y nuevos aspectos de los orígenes del hombre americano. El Ateneo.

Lehmann-Nitsche, Robert (1913). “El Grupo lingüístico Tschon de los territorios magallánicos”. En Revista del Museo de La Plata, tomo XXII. Imprenta de Coni Hnos.

Malvestitti, M. (2015). “Chaanpen, gūta, es decir, palabras. Los vocabularios como instrumentos de documentación de las lenguas originarias de Tierra del Fuego”. En Revista argentina de historiografía lingüística, VII, 1.

Markham, C. y Vicente Fidel López (1883). Poesía-drama de los Incas: Ollantay. Imprenta y Librería de Mayo.

Oesterreicher, W. (2019). “La gramática colonial en América como forma histórica del saber lingüístico”. En Lingüística misionera. Aspectos lingüísticos, discursivos, filológicos y pedagógicos. Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial.

Pulcinelli Orlandi, E. (1993) “La danza de las gramáticas: la relación entre el tupí y el portugués de Brasil”. En Iztapalapa, 29, pp. 54-74.

Ridruejo, E. (2007). “Lingüística misionera”. En Historiografía de la lingüística en el ámbito hispano. Fundamentos epistemológicos y metodológicos. Ed. Arcos.

Schlieben-Lange (2019 [1983]). “Historia de la lingüística e historia de las lenguas”. En Revista Argentina de Historiografía Lingüística, Vol.11, n°1.

Swiggers, P. (2018). “De la ideología de la(s) lengua(s) a la(s) ideología(s) de la lingüística”. En Circula: revue d'idéologies linguistiques, n. 8.

Toscano y García, G. (2013). “Debates sobre la lengua e institucionalización filológica en la Argentina durante la primera mitad del siglo XX”. En Historia política del español. La creación de una lengua. Ed. Aluvión.

Valdivia, L. de (1887). Arte, Vocabulario y Confesionario de la lengua de Chile. Ed. facsimilar. B. G. Teubner.

Zimmermann, K. (2006). “Las gramáticas y vocabularios misioneros: entre la conquista y la construcción transcultural del otro”. En Actas del V Encuentro de Lingüística de la Facultad de Estudios Superiores Acatlán (UNAM), 15 al 17 de nov. de 2004.

Zwartjes, O. (2007) “Los ‘romances’ en las gramáticas andinas de la tradición misionera española”. En La Romania en interacción: entre historia, contacto y política. Ensayos en homenaje a Klaus Zimmermann.